



# Transubstanciación

**Camilo Franco Muñoz**

*Opifex verborum. Filólogo hispanista y Director-Editor de Crisopeya, revista de Arte y Literatura, camilo.francom@udea.edu.co*

Camilo me toma de las manos y me acerca a su regazo. Llevábamos más de media hora sentados en silencio. Camilo no solo ha roto el silencio y la distancia con su gesto, sino que ha roto toda la continuidad del tiempo con un beso. Me besa inesperada y osadamente, como arrojándose al vacío a ver si vuela. Camilo se transforma en un renovado Ícaro cuando yo le doy sus alas en la correspondencia del beso. Ahora él vuela con la seguridad de quien se sabe consustancial al viento y desafía las leyes de las nubes; yo no vuelo con él, sino él conmigo: soy sus alas hechas de mil pájaros y mieles eternas: soy la devoción de Dédalo. Camilo ahora se descubre apresado entre mis brazos, mi cuerpo, mi boca, mis dientes y mi lengua: soy la obligación de Dédalo.

Rompo el mito. Beso a Camilo sin besarle, en el aire, en el vaho de su deseo, acercando mis labios a la frontera de los suyos, y me retiro sin cruzarla, tan próximo que pueda creer en la certeza del beso. Soy el sol, y ardo impetuosamente en el cénit de su cielo. Camilo no puede evitar ascender hacia su estrella: comienza a derretirse y a arder cayendo. Luego me detengo en su mirada por un momento: veo el vértigo de la caída y las ansias del sosiego; me acerco de nuevo a su boca, siento el vaho aún más denso, y separo mis labios como invitándolo a un beso; se agitan ansiosas sus pupilas que buscan ahora mi boca, e intenta sagaz alcanzar mis labios con los suyos: mas no es tan veloz como cree y sus labios apenas encuentran el rastro de los míos. Soy el mar, y me agito irrefrenablemente en el espejo de su cielo. Camilo no puede evitar descender hacia mí pretendiendo mi frescura: pesado lo hace pronto el agua y comienza a caer ascendiendo. Camilo aletea desesperado en el caos que es su cielo: aún no aprende el vuelo medio.

Soy su depredador natural, y él lo sabe. Siento hambre de su cuerpo: yo soy el zorro y él la liebre; lo acecho notoriamente en la orilla de la provocación; me percibe, se agita y corre: mala idea; la temblorosa liebre se refugia en la madriguera que es mi boca; me acerco y desde afuera escucho sus latidos *in crescendo*; y ya sé, por el olor que ahora emana, que se da por muerto. Soy Camilo, su depredador natural, y compruebo en el tenue brillo de sus ojos que él es mi presa, mi banquete, mi saciedad: lo he cazado, y reconozco que ahora lo devoraré.

Camilo me besa primero en la frente a manera de despedida: abandonamos juntos el pudor, el miedo, el recelo y la timidez. Me besa ahora en la comisura de los labios con un beso húmedo y torpe que los enmarca de esquina a esquina; luego su torpeza se transforma en febril habilidad e introduce su lengua en mi boca como queriendo alimentarme con ella, o como queriendo él alimentarla conmigo; despierta a mi lengua en un toqueo que más parece una paliza, y ambas danzan algún baile primigenio y atemporal: el de la carne y el deseo. Se mezcla mi saliva con la suya y mi boca comienza a no ser más mía y a sentirse extraña, abandonada, sin la suya.

Camilo quita mi ropa primero: comienza por la camisa, luego los zapatos, luego la camisilla, luego los calcetines y después el pantalón; solo me deja los *boxers* puestos. Ahora él se quita sus zapatos y me besa de nuevo en la boca; retira sus calcetines y lame mi cuello mientras busca mis manos para tomarlas; se quita la camisa y la camisilla, besa mis manos piadosamente y las lleva a su pecho para que yo pueda darme cuenta de cómo él siente la vida, cómo se siente vivo a mi lado, me dice; vuelve a besar mis manos y las lleva a su pantalón, las dirige a su bragueta; a Camilo le

gusta que sea yo quien le quite el pantalón; se lo retiro y ambos ahora quedamos tan solo en interiores. Él se acurruca cerca de mi corazón y pone su oído allí para saber cómo habito yo mi cuerpo, me dice, y me abraza, y entrelaza sus piernas con las mías. Luego se sienta él y me sienta a mí sobre sus piernas, de frente, muy cerca, y me abraza para acercarme más hacia él; y me besa con tal detenimiento y atención, como si me contemplara con su boca y venerara mi espíritu con sus labios, sus dientes y su lengua, o también como si fuera mi boca un oasis y él bebiera de mí para saciar su sed; a veces siento en su boca como si articulara algún sonido, como si fuera a decirme algo, o como si, incluso, dijera una oración, pero siempre llamamos en la confesión y confiamos en nuestro silencio. Camilo me ofrece en sacrificio, me transubstancia. Luego retira su boca de la mía y veo los hilos de saliva —¿suya o mía?, como si importara...— que atrae hacia sí, y con su boca entreabierta baja su mirada hacia el centro de los dos, reclinando su cabeza sobre mi hombro, y suspira: se regocija en el palpitante sincopado de nuestros penes erectos, a través de los *boxers*, para saber cómo es que nosotros resistimos atrapados en la morada interior, me dice.

Camilo me tiende en la cama y se acuesta a mi lado, toma mi mano entre la suya y ríe nerviosamente. Solo ríe. Me mira y ríe. Mas yo sé que en su risa me está diciendo exactamente lo mismo que yo le digo con mi silencio. Y ambos entendemos y memorizamos: solo de la reminiscencia del no-dicho con el amado se forja un férreo sentimiento.

Tomo el pene de Camilo a través de su ropa interior y comienzo a recorrerlo con mi mano en toda su extensión. Lo hago suave, ejerzo la presión justa, y mi movimiento es delicado. Muevo mi mano de arriba hacia abajo, desde esa cima oculta hasta su base y sus cimientos. Ahora continúo con el mismo movimiento, pero lo acompaño con húmedos y delicados besos sobre su amplio pecho. Mis besos se transforman en lamidas y mis movimientos se aceleran y aumenta la presión: aprisiono su pene en mi mano y su pezón izquierdo en mi boca. Tiro del uno y muerdo al otro. Camilo me domina con su respiración acelerada; desprende un aroma como a jazmín de noche y me arrojo instintivamente a inhalar toda su divina esencia; me ahoga en su fragancia que despierta en mí ilusiones intemporales de la muerte y el amor.

Me guían mi boca y mi nariz hacia él, y comienzo a revelarlo de a poco, a liberar al divino cautivo. En mi saliva, apresurados, se confunden los vocablos: chupar, mamar, lamer, relamer, tragar, succionar, sorber, absorber, felar; pero tan pronto él se erige ante mí, mis labios y mi lengua, toda mi boca, ordenan los fluidos y sintetizan la confusión en un hecho incuestionable: le devoro el pene a Camilo como un acto de amor.

Al final, siempre volcánico, liba en mi boca sus nívicas mieles. Como premio a mi absorbente entrega, Camilo deja correr sus torrentes vitales por mi boca y mi garganta y todo por cuanto tengo por recorrer. Camilo y yo nos llevamos el uno al otro en toda manifestación. Comulgamos del sacrificio incruento que celebramos los dos. Ambas naturalezas se nos confunden en el acto: desdibujamos los límites entre divino y humano.

Camilo teme por su alma, como lo hago yo. Vuelve a su celda y se martiriza entre cientos de *mea culpa* y miles de *yo pecador*. Camilo no me mira ni me dirige la palabra al día siguiente. Sus ojeras revelan la angustia de su martirio interior. Me apiado de él, me compadezco de mí... de ambos. Estamos juntos en clase de Teología. Camilo se incomoda cuando le pregunto al reverendo padre cómo se manifiesta la caridad de Dios a los pecadores. Contesta el padre, Camilo tiembla y yo sonrío, y finaliza su respuesta instándonos a que toda nuestra vida sea un acto de amor. *Ama al prójimo como a ti mismo*. Camilo es mi prójimo, yo el de él. Yo amo a mi prójimo... yo amo a Camilo, lo amo a él. Finaliza la clase y el reverendo nos advierte a todos del peligro de las “amistades privadas”. Camilo me ignora el resto del día y se sume en silencio.

Es de noche en mi celda cuando Camilo ingresa sigiloso. No puede contener el llanto. Desconsolado llora entre mis brazos mientras acaricio su cabello. Me pide perdón. Lo perdono. Me agradece y comienza a calmarse. Me siento mejor cuando lo sé en mis brazos, débil, desamparado, inerme. Soy su roca, pero él no edifica. Soy suyo, como él mío. Camilo me toma de las manos y me acerca a su regazo. Llevábamos más de media hora sentados en silencio. Camilo no solo ha roto el silencio y la distancia con su gesto, sino que ha roto toda la continuidad del tiempo con un beso. Me besa inesperada y osadamente... 





Carlos Motta / Self-Portrait with Death #4, 1996  
Impresión de inyección de tinta de archivo / 76.2 x 114.3 cm / 30 x 45"  
Cortésia Mori Charpentier, Bogotá/Paris